

# Eloy Urroz

CARLOS FUENTES

☉ Roberto Soto (el “Panzón” Soto) era un cómico de teatro de revista mexicano de los años veinte y treinta. Igual que Leopoldo (el “Chato”) Ortín y Carlos López (el “Chaflán”), Soto fue desplazado por la implacable personalidad de Mario Moreno (“Cantinflas”), quien ni siquiera toleró a su compañero de comedia inicial, Manuel Medel, y sólo tuvo más tarde un rival, Germán Valdés (“Tin Tán”) y otros secundarios (“Clavillazo”, “Resortes”).

Si evoco estas historias del cine y el teatro cómicos de México es para hacer una malvada alusión a otro Roberto Soto, el personaje de *Fricción* de Eloy Urroz, que recuerda al “Panzón” por su nombre, sólo que el personaje de Urroz se llama Roberto Soto Gariglietti y se reclama no de un cómico de carpa, su homónimo mexicano, sino de un filósofo presocrático, Empédocles, que fue discípulo de Parménides y vivió en el siglo V a.C.

¿Se queda Urroz con la Chancha y los veintees? *Does he have his cake and eat it too?* Claro que sí. Su referencia a un cómico popular mexicano así como la referencia a un filósofo siciliano de la antigüedad no es gratuita, si tomamos en cuenta que Empédocles profesaba una filosofía de la reencarnación, a saber: “Ninguna cosa mortal ha nacido, ninguna ha terminado con funesta muerte. Sólo hay una mezcla de iridiscencia de cosas fragmentadas. A esto los hombres llaman nacimiento”.

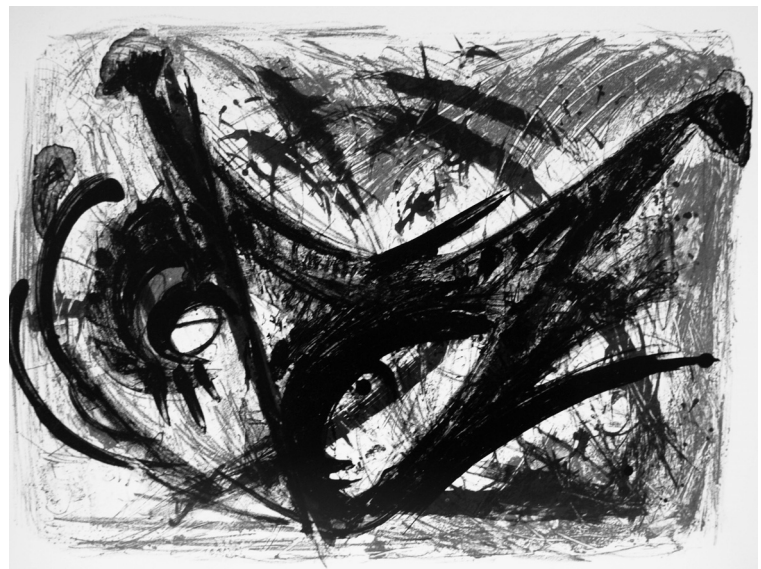
Nacer de supervivencias significa que nada muere por completo y que Roberto Soto Gariglietti es un trasunto del cómico mexicano y del filósofo siciliano, en la medida en que ambos son parte de la tragicomedia humana. Pues, ¿no es cómico que Empédocles termine su vida arrojándose al cráter del volcán Etna, lo cual dio origen al célebre dístico, “Poor Empedocles, that restless soul, / jumped into Etna, and was roasted whole...”?

Otras versiones dicen que Empédocles fue arrojado por el volcán a un Elíseo divino; otras, que engañó a todo mundo y sólo dejó una sandalia en el volcán para hacer creer en su mito mortal.

Sea como fuere, la comicidad de Empédocles es contrastada con la tragedia de Soto, cuya preeminencia cómica le fue arrebatada por “Cantinflas”, reduciendo al “Panzón” a películas sin éxito como *La corte de Faraón*, aunque su hijo, “Mantequilla” Soto, sí se estableció como figura cómica secundaria en películas de Luis Buñuel (*Subida al cielo*, *La ilusión viaja en tranvía*) y Pedro Infante (*Nosotros los pobres*).

Digo lo anterior para entrar, con pie inseguro, al mundo paródico y en perpetua transformación de Eloy Urroz. En sus novelas se dan cita Sergio Pitol y J. M. Coetzee, Pancho Villa y Milan Kundera, José Donoso y Marcelo Chiriboga —el regalo de Ecuador al boom. Sólo que Urroz pertenece a la constelación siguiente al boom, o sea al crack, así autonombrado para que otros no lo nombraran a su guisa, y al cual pertenecen también otros autores aquí discutidos: Ignacio Padilla, Jorge Volpi y Pedro Ángel Palou.

Ninguno, como Urroz, hace más explícito el tema que vengo tratando: no hay creación que no se apoye en tradición; no hay tradición que perviva sin creación. En *Fricción*, Urroz da el paso de conducir esta realidad literaria a su relación más peligrosa, escueta y secreta: la relación del personaje, Roberto Soto Gariglietti, con el



# Crónicas del asombro Postfutboleras

MÓNICA LAVÍN

lector, que eres *tú*. *Tú*, es decir, el que lee; el que tiene el libro titulado *Fricción* en las manos; el que da vida a la ficción de *Fricción* y a la *Fricción* de ficción.

Tú, hipócrita lector, mi semejante, mi hermano, dijo Baudelaire para decir lo que se sabe siempre en arte poética pero rara vez se dice en arte narrativa. Me dirijo a *ti*, lector; sin *ti*, no existo, el libro se vuelve objeto yacente en espera del siguiente lector que lo reviva, que lo salve del volcán, que recoja la sandalia de Empédocles...

Eloy Urroz es también un crítico de la literatura que ha escrito sobre la forma literaria a partir de dos autores, James Joyce y D. H. Lawrence. El jesuita, irlandés, uterino contra el falo religioso, Joyce; fálico en contra de los gineceos maternos Lawrence, el hijo de *Sons and Lovers*, el hijo de Frieda Lawrence. Católico uno, protestante el otro. Inconcebibles ambos sin la tradición de la novela. Tradición que nos gusta remontar a Cervantes, declarémonos hijos de la Mancha, pero que Urroz, lector sin duda de Bajtín, lleva hasta el origen moderno de la ficción como disolución y mestizaje de géneros, rechazo de la hipócrita reducción de E. M. Forster (la novela igual a argumento y personajes verosímiles); trasgresión del origen Cervantino a un *más allá* que es un *más acá*. Rabelais, y sus grandes obras de fundación. *Gargantúa y Pantagruel*, 1532; 1534; 1546; 1552.

Es importante que Urroz nos recuerde así nuestros orígenes novelescos, pues sin origen no hay destino y Rabelais es origen y destino si consideramos que contra los intentos puritanos de desarmar a la novela vistiéndola con sus transparentes despojos, Rabelais escribe novela con religión, medicina, agricultura, comercio, lenguaje y dialectos, carnaval y existencia.

Recordar esta amplitud receptiva que está en el origen y el destino de la novela no es el menor de los méritos de Eloy Urroz. ~



Todo tiempo pasado parece que fue hace mucho. Ésa es nuestra desgracia, o nuestra fortuna, depende de cómo se vea. Pero Electra se lamenta de que haya caído el telón del mundial. Que nadie pregunte: ¿dónde lo vas a ver?, ¿qué va a haber de botana?, o que exclame: qué insulso estuvo el juego, qué pases los de los alemanes, los holandeses son un tractor, qué gol el de Messi, o el de Klose, o vaya defensa la de Forlán y qué juegazo el de España contra Alemania, y Ghana, mira que fallar el penal. Electra se mira las manos manchadas de sol y no sabe cómo traer a colación los días de pantalla para pasarlos con su padre, que no sea una visita sino un tiempo compartido. Porque esperar cuatro años más al próximo mundial parece una eternidad. Cómo explicar que los placeres de Electra se han vuelto muy básicos, se regodea de la narrativa futbolera, aunque sólo sea en el encuentro mundial cuando le dedique su atención. Le llaman la atención expresiones como “masticar la cancha”, o sinónimos pomposos como guardameta o arquero, cuando antes era llanamente el portero. Algo hay de pedertería o de esmero forzado en decir esférico en lugar de balón o silbante en lugar de árbitro. Pero le divierte descubrir las expresiones. Que su padre diga “el juego está sordo” le puede fascinar. Un juego sin sonido, sin cambios, mudo, no dice nada. Sí, hay tardes sordas, relaciones sordas, juegos sordos.

Electra puede disfrutar un juego de fútbol por la botana, el vino o la cerveza y por atestiguar los destinos que se tejen en el campo. Lo que más le gusta es la estrategia, ver jugadas. Es decir, la manera en que a toda velocidad y bajo la presión del contrario, los jugadores como animales acorralando a su presa se pasan el balón (el esférico) en tiempo exacto para burlar al enemigo, colocarlo y atinarle al gol. Por eso le gustó ese juego de Alemania contra Argentina, no por el sentimental revanchismo, sino por escuchar a los cronistas decir el “equipo albiceleste”, qué maravilla de compuesto, y luego ver esos pases precisos, cortos, veraces, a tiempo. Efectivos. Electra ha encontrado en los comen-